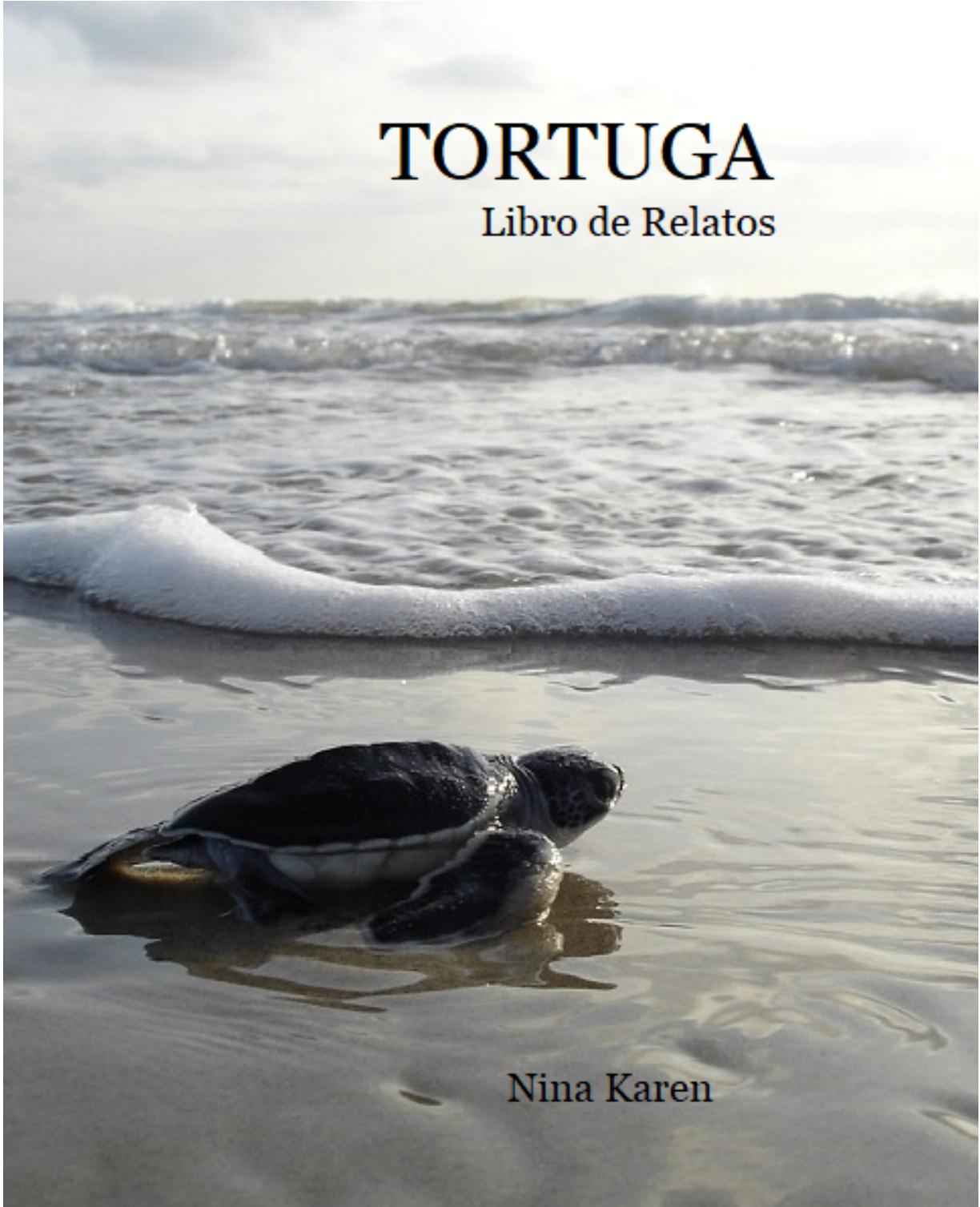


TORTUGA

Nina Karen

TORTUGA

Libro de Relatos



Nina Karen

Capítulo 1

MAMÁ TORTUGA

Ahora que ha descubierto sus piernas no hay quien la pare. Ingrid corretea de un lado a otro de nuestra playa, risueña y sin temores. No le quito un ojo de encima y es delicioso mirarla.

Pero sobre todo me gusta cuando se detiene hipnotizada por el vaivén de las olas y el bullir de la espuma. Se queda absorta en el movimiento, como si entendiera lo que ocurre frente a sus ojos y, entonces, introduce los pies en los surcos que hace el agua en la arena, estira la mano en busca de una concha y me la enseña agitándola sobre su cabeza.

Yo estoy sentada, un poco más atrás. Me pregunto si mi sonrisa se ve tan linda como la suya mientras la saludo. Ella se acerca aferrando su tesoro con fuerza y, cuando llega a mi altura, se agacha y lo deposita con cuidado sobre la toalla, en línea junto con el resto de ejemplares que ha ido coleccionando a lo largo de la mañana. Se le escapa una risilla traviesa y vuelve trotando hacia la orilla.

El sol calienta de forma piadosa, anunciando la entrada de una primavera templada. Pero no he traído a Ingrid a la playa por aprovechar las bondades del tiempo. Tampoco he tomado mi día libre para desconectar del trabajo. De hecho, esta playa es mi centro de investigación desde hace meses y llevo viniendo todos los días desde el frío invierno. Gracias a mis observaciones sé que justamente hoy es el día. Hoy eclosionan los últimos huevos de tortuga de la temporada. Y quiero que mi hija lo vea.

Ella permanece completamente ajena a mis intenciones. Aún no le afectan ni la libertad de los demás ni las determinaciones del mundo. Apenas si ha salido del cascarón. Y yo, que entiendo un poco más de estas cosas, me pregunto si lo he hecho.

Incluso ella tiene cosas para enseñarme, por lo que cuando empieza a echarme de menos regresa y me tira de las manos para hacer que me levante. Al principio me resisto para molestarle, a lo que ella responde con mayor insistencia. Al cabo de un rato empiezo a reír, me incorporo despacio y, finalmente, la sigo. Quiere que hagamos un castillo.

Me siento sobre la arena húmeda y ella lo hace delante de mí, frente a la que será nuestra superficie de trabajo. Su herramienta preferida es el rastrillo rojo, con el que empieza a allanar el terreno. Y veo con asombro que ya ha adquirido bastante destreza en la tarea. Estoy rellenando el cubo con arena, pero me detengo para aplaudir su hazaña. Y se ríe como

las campanillas.

La primera vez que trazó los surcos dentados quedó maravillada por el efecto visual y la proyección de sombras. Su mirada iba del suelo a su madre, de su madre al suelo. No pudo evitar, al cabo de unos segundos, acercarse a inspeccionarme. Sus dedos acariciaron mis cicatrices que, a diferencia de las líneas trazadas por su rastrillo rojo, eran imborrables.

Afortunadamente, los oscuros relieves de mi piel eran algo hermoso a los ojos de mi hija. Hasta entonces nunca lo habían sido para los míos, pues en ellos encontraba el delator testigo del miedo y la debilidad. El nítido reflejo de la verdad se extendía desde mis muslos hasta mis clavículas, pasando por todo el tronco, por el lado del pecho y por la espalda, dibujando y desdibujando contracturas invisibles. Eran tan prominentes que todo mi cuerpo había sido la sombra misma de la vergüenza. Pero nada como unos ojos puros para mirar más allá de la superficialidad de estas heridas viejas. He podido ver a través de mi hija que esta realidad es, en realidad, la más hermosa. Igual que el rastrillo rojo.

Los suaves rizos de mi hija me acarician la barbilla. Ha cogido el cubo repleto de arena y ahora se dispone a darle la vuelta. No lo consigue y todo el contenido se desparrama por el suelo. Temo que empiece a llorar, pero solamente finge su sorpresa, me mira y se encoge de hombros, como si el desastre fuera inevitable. Luego empieza a recoger la arena de nuevo con gran dedicación.

No importa lo que sucedió en el pasado. No hace falta dar explicaciones de cómo fue y de por qué ocurrió. Ingrid está aquí y esa es la realidad más hermosa de todas.

En el próximo intento soy yo quien le da la vuelta al cubo de playa. Cuando lo retiro, la vasta torre de arena aparece ante nosotras. Empezamos a aplaudir y, acto seguido, Ingrid se levanta con cuidado de no derribarla y se dirige a la toalla. Allí coge una de las conchas que ha recolectado y regresa para adornar las almenas de su castillo. Cuando está satisfecha, vuelve corriendo otra vez a la toalla y toma otra concha. Y, así sucesivamente, hasta que las coloca todas.

Durante el proceso que transcurre entre risas y aplausos vuelvo la mirada a los localizadores de nidos, de cuando en cuando, por si sucede algo. Pero nada. Frecuentemente, las tortugas esperan a que oscurezca para salir de su escondite, ya que la luz directa del sol aturde a los pequeños. No obstante, tanto el largo tiempo que, intuyo, han permanecido ocultas bajo la arena, como la frescura del ambiente y las lluvias de los últimos días pueden persuadirlas a adelantar su aparición.

La espera puede ser tan excitante como cansina y, tal como pensaba, nos asalta el hambre. Hemos vuelto a la toalla, donde le doy el pecho a la

niña. También traigo unos sándwiches para mí. Empiezo a cantar para ella y al poco rato también la invade el sueño. Cuando se duerme la deposito con cuidado sobre la toalla sin poder reprimir una sonrisa. Es algo más de mediodía, así que abro la sombrilla para proteger su piel de los rayos.

Me invade un sentimiento. Un amor desproporcionado que me incita a modelar el mundo para procurar su seguridad de forma perpetua. No sé si este es el amor maternal del que tanto hablan. No sé si es lo que debería sentir.

Las madres de tortuga no se hacen cargo de sus crías. Dedican toda su vida a viajar por el vasto océano, aunque no sin un propósito. Se preparan para ser madres durante años y en una extensión espacial inabarcable para una mente humana, han se superar innumerables retos y duelos en la más absoluta y rigurosa soledad. Luego se reúnen con una pareja potencial para reproducirse y emprenden el viaje de regreso a su playa de origen para la nueva puesta. Todo eso para simplemente abandonar a sus crías a su suerte. Así predicen los dictados de su naturaleza. Me pregunto cómo las hace sentir. Y me pregunto si lo que siento yo es natural. Algo me dice que ni siquiera estoy en línea con mi naturaleza propia.

Yo nunca podría ser una mamá tortuga. Sé que es inútil equipararme a una de ellas, pero también siento que tampoco puedo equipararme a otras madres. He superado el trauma de mi apariencia física y soy capaz de mirar mis cicatrices desde fuera. Pero aún no puedo hacerlo desde dentro.

Ingrid se ha llevado el pulgar de la mano derecha a la boca, tiene la cabeza ligeramente ladeada y su brazo libre reposa al otro lado del cuerpo. Su pecho sube y baja como una paloma adormilada. No hay nadie más en la playa. Todo está bien.

Todo está bien mientras su madre esté cerca. No hay peligro. Y, paradójicamente, soy yo la que tiene miedo.

De pronto, algo llama mi atención más allá de la toalla. Se mueve de un costado y sus pinzas verdirrojas brillan por los rayos del sol. Vuelvo la mirada a mi niña y finalmente decido incorporarme. Los cangrejos son una amenaza para los bebés de tortuga.

Habitualmente, pienso que no está bien alterar el orden natural, pero hoy me encuentro más sobreprotectora que nunca. He cogido el cubo de playa de Ingrid y me dispongo a atrapar al animal. Quien lo ha intentado antes sabe que no es una tarea fácil, pero después de seguirlo unos segundos consigo agarrarlo por una patita. Primero lo miro fijamente a él; luego vuelvo la mirada a mi mano, temblorosa. Cuando lo dejo caer y choca

contra el fondo del cubo suena casi igual que una nuez gorda.

Me dispongo a regresar cuando de repente alcanzo a ver otro cangrejo. Éste viene hacia mí y consigo que se introduzca en el cubo por sí solo. Ahora tiene un amiguito. No me gusta cómo se ven atrapados, pero no será por mucho tiempo. Me doy la vuelta y veo que Ingrid está despierta. Está sentada y me observa con curiosidad.

Me sorprende que no haya protestado en todo el día. Por sus maneras diría que no le tiene miedo a nada y alberga un alma intrépida.

Como si fuera más consciente ella de mi situación que yo de la suya, al cabo de un rato acabamos recolectando juntas más cangrejos. Han aparecido por todas partes, lo que me indica que no falta mucho tiempo. Cuántos lugares secretos se esconden entre las arenas. Y cuánto hay de lo que no sabemos.

Ingrid ha mostrado gran interés por los animales. Me pregunto si es cosa de familia o si es lo que llaman iniciativa propia, puesto que no me ha dado tiempo para enseñarle mucho. Casi todas sus acciones son imitaciones, pero sonrío ante la evidencia de que algo empieza a palpar dentro de ella. Algo que se encuentra muy lejos de mí. Me enternezco al tiempo que la inquietud me envuelve el corazón. Todo se contradice de una forma extraordinaria.

Estoy esperando en cuclillas a que traiga su último cangrejo. El cubo está lleno y sé que apenas quedan minutos. Ya ha comenzado a caer el día y el cielo se funde en veladuras rosadas y anaranjadas. La marea continúa subiendo y ya se ha tragado media playa.

Ingrid me toma de la mano mientras volvemos a nuestra toalla. Antes de lo previsto, una ola alcanza nuestro castillo de arena y conchas y se deshace en una mueca casi ridícula. La brisa se ha vuelto más fría y los sonidos del ambiente nos aturden.

Es la hora.

Una cabeza escamosa aparece en el montículo marcado y con su pico se abre paso a la superficie.

Se me encienden los ojos.

Dejo los cangrejos bajo la sombrilla y arrastro a mi hija hasta el nido.

— Mira, cariño. ¡Tortugas!

Ingrid no escucha y está atenta al fenómeno que se desarrolla frente a nosotras. Cuando aprecia el modo en que el pequeño se arrastra por la

arena con ímpetu pasmoso se le hincha el pecho y propina un chillido de emoción. Sabía que le gustaría.

En apenas unos minutos, un ejército de pequeñas tortugas se dirige a buen ritmo hacia las mareas. Ingrid las sigue primero con la mirada, pero pronto es incapaz de reprimir las ganas de ir tras ellas. Cuando veo que trata de agarrar una, la sujeto por las caderas y la tomo en brazos. Por supuesto, no le gusta, y es la primera vez que opone resistencia.

Al cabo de un rato, al ver que no se rinde, la dejo en la arena y esta vez sigue gateando la procesión de tortugas. Desde mi posición, observo cómo se dirige al agua, cómo se aleja de mí. Se olvida de todo y ríe junto a sus nuevas compañeras. Se detiene en la orilla y aplaude por encima de las olas mientras las tortugas entran en el agua.

Después de todo, sólo son bebés. Ingrid es un bebé. No puede saber que la mitad o más de este simpático grupo perecerán el primer día de vida. Por supuesto que no sabe que hoy mismo el fuerte oleaje, los cangrejos y los pájaros pueden suponer el fin para estas tortugas. No tiene idea de lo que la vida más allá del horizonte puede entrañar. Pero, ¿quién lo sabe? Incluso yo, que trato de adelantarme a los acontecimientos, que me interpongo entre mi hija y la crueldad del mundo y que trato de convencerme de que sé lo que es necesario saber, soy muy parecida a estas criaturas. Pequeña, frágil y con escasa idea de lo que sucederá a continuación.

Una gaviota se lanza sobre las olas y atrapa una de las tortugas. Estas son las cosas que pasan en el mundo. Y sé que ser madre no me da el derecho de impedirlo si sucede. No tendré la licencia de entrometerme en las decisiones de Ingrid, ni podré impedirle cometer acciones que la expongan a la vileza de este mundo. Un buen día ella dirá la última palabra y mi voz quedará sepultada en las profundidades del océano.

Otra tortuga acaba en las garras de un pájaro. Siento como si todas mis heridas se abrieran de golpe y un dolor imaginario me hace temblar las piernas. He superado el miedo a que me hagan daño, a que me torturen y que se dediquen a humillar y mancillar mi ser de forma indefinida. He descubierto que, en realidad, no soy tan débil como muchas veces me reprocho. Sé que soy fuerte y que estoy por encima de todos esos seres odiosos que se atrevieron a tratarme como si fuera menos.

Pero tengo miedo. Miedo de que mi hija conozca esta cara del mundo. Miedo de no poder impedirlo y de solamente tener ocasión de esperarla con los brazos abiertos pase lo que pase. Miedo, en definitiva, de tomar la determinación de las mamás tortugas, que se van y ceden a sus crías las riendas de su vida desde el minuto uno.

Por eso la he traído aquí. Quería que viera esto. Quería que viera que merece la pena alcanzar el mar y luchar. Porque sé que un día no volverá la vista atrás y se lanzará a su propia aventura. Jamás perdonaré al monstruo que le haga daño si es eso lo que llega a suceder, incluso si yo consigo perdonar al que me maltrató. Mi hija es mucho más valiosa de lo que yo seré jamás. Pero seguiré esperando, volveré a traerla a esta playa y trataré que nunca olvide que siempre merece la pena seguir viviendo.

Permanezco inmóvil pero no puedo contener las lágrimas. Ahora sé que no he venido por mi hija, sino por mí.

Afortunadamente, ella tomará su propio camino. Como una tortuga.

Y así es como debe ser.